LIBRO JUBILAR
EN HOMENAJE AL PROFESOR
ANTONIO GIL OLCINA

EDICIÓN AMPLIADA

PUBLICACIONES
UNIVERSIDAD DE ALICANTE

**LIBRO JUBILAR EN HOMENAJE
AL PROFESOR ANTONIO GIL OLCINA**

EDICIÓN AMPLIADA

**LIBRO JUBILAR
EN HOMENAJE AL PROFESOR
ANTONIO GIL OLCINA**

EDICIÓN AMPLIADA

INSTITUTO INTERUNIVERSITARIO DE GEOGRAFÍA
UNIVERSIDAD DE ALICANTE

Publicaciones de la Universidad de Alicante
03690 Sant Vicent del Raspeig
publicaciones@ua.es
<http://publicaciones.ua.es>
Teléfono: 965 903 480
Fax: 965 909 445

© los autores, 2016
© de la presente edición: Instituto Interuniversitario de Geografía y Universidad de Alicante

ISBN: 978-84-16724-09-3
DOI: <http://dx.doi.org/10.14198/LibroHomenajeAntonioGilOlcina2016>

Coordinación:
Jorge Olcina Cantos y Antonio M. Rico Amorós

Edición, composición y diseño de cubiertas:
Clotilde Esclapez Selva

Esta editorial es miembro de la UNE, lo que garantiza la difusión y comercialización de sus publicaciones a nivel nacional e internacional

Reservados todos los derechos. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ANTONIO GIL OLCINA, EL RECTOR DE TODOS...

Andrés Pedreño Muñoz*

Hablar del profesor Antonio Gil Olcina me produce una mezcla de admiración y de rubor. Lo primero no demandará explicaciones a los que lean estas líneas y le conozcan. Mi rubor nace por el reto que representa para mi abarcar una personalidad académica tan extraordinaria y de una magnificencia ética tan ejemplar y no saber trasladar en justicia lo que el homenajeado merece.

Mi admiración no ha hecho sino acrecentarse a lo largo de todos estos años en los que he podido percibir su legado y sabiduría en muchas facetas en las que he sido copartícipe o simple observador. He tenido el privilegio de haber vivido en primera persona su ejemplaridad, autoridad y generosidad, por no hablar de su sentido de la amistad y del compromiso.

Dadas las aportaciones recogidas en el presente libro, me centraré más en su vertiente como Rector de la Universidad de Alicante, aunque he tenido la fortuna de que en no pocas ocasiones Antonio Gil Olcina me hiciera copartícipe de muchas etapas de su vida universitaria lo que siempre me enriqueció personalmente.

La universidad española, breve apunte

Sin duda, en los últimos años las universidades españolas han experimentado cambios muy profundos y han tenido excelentes rectores que han profundizado con acierto en muchas vertientes del modelo de universidad acorde con los retos de nuestro tiempo. Se habla poco de esto pero lo cierto es que detrás de los grandes progresos de las universidades hay personas concretas y equipos que han liderado transformaciones de entidad y en cortos espacios de tiempo.

La capacidad y la autoridad para administrar una universidad no es algo improvisable o sencillo, lo digo por experiencia propia. No suele ser

* Catedrático de Economía Aplicada, Rector de la Universidad de Alicante (1994-1997).

muy común encontrarse con personas que posean a priori una concepción de lo universitario sólida en sus principios jurídicos, institucionales o la capacidad de proyectar en la sociedad nuestras funciones. Súmese administrar una “empresa” en toda regla que en muchos ámbitos territoriales, como es el caso de Alicante encabeza indicadores de empleo, demanda, crecimiento...

En una sociedad como la española, la concepción institucional y el rol social de lo universitario muchas veces se ha tropezado con una torpeza política carente de alfabetización universitaria.

Tras dejar constancia nuestra Carta Magna de 1978 de una loable altura de miras en lo universitario, la praxis política de las últimas décadas viene caracterizada con excesiva frecuencia por una concepción instrumental y simplista. Una vez culminadas las transferencias los problemas han saltado con excesiva reiteración.

En general, puede sostenerse que ha habido escasa política de estado en materia universitaria. Basta recordar la práctica en temas ampliamente cuestionados en torno a los consejos sociales, la política de inversiones y creación de nuevas universidades, regulaciones diversas, leyes generales y autonómicas obsoletas casi al tiempo de publicarse, planes de estudio, etc.

Pese a las muchas realizaciones y avances de la universidad española, entre ellos la generalización del acceso a todas las capas sociales de nuestro país, el papel de la universidad de nuestro tiempo tiene retos futuros de muchísima entidad. Transformaciones y cambios que nuestra sociedad necesita. Las universidades deben reivindicar su protagonismo en la sociedad del conocimiento. Y quizás una de las formas de alcanzarlo es a través de personas que lideren cambios y asuman retos de entidad en nuestras universidades.

Las universidades no son meros centros docentes que faciliten un título oficial a los alumnos a modo de nuevo estatus social para una integración laboral o profesional cada vez más difícil. En un país como España con casi seis millones de parados y jóvenes que masivamente salen fuera de nuestras fronteras, nos encontramos con casi 80.000 puestos de trabajo vacantes ligados a perfiles curriculares específicos de formación universitaria.

Salvo excepciones, hace años que en el ámbito de la política española se perdió la visión del imprescindible papel de las universidades en la sociedad del conocimiento. Las universidades de nuestro tiempo son una pieza fundamental para la innovación y la competitividad de un país. Las empresas que lideran nuestro mundo son de alta tecnología y basadas en el conocimiento. La prospectiva más sólida nos indica que todo irá a más: nanotecnología, biotecnología, nanomedicina, genoma humano...

De aquí la necesidad y el valor de liderazgo y acciones ejemplarizantes que emanen de la universidad y den señales inequívocas a la sociedad y a las clases políticas dirigentes sobre el importante rol universitario en la sociedad de nuestro tiempo.

Para una concepción estratégica de la universidad hace falta una altitud de miras que ayude a comprender su moderna misión y la capacidad de concebir todo el potencial económico y social que hay en torno al conocimiento.

Autonomía, pactos de estado, excelencia, competitividad universitaria, internacionalización, valor en las relaciones universidad-empresa son algunos términos cuya cotidianeidad sería deseable por todos. De puertas adentro autoexigencia, eficiencia, reinversión, compromiso social, empleabilidad, relación efectiva de la universidad-empresa, liderazgo en el desarrollo tecnológico...

En todo caso quiero dejar claro que la universidad española queda en muy buen lugar si en el marco de nuestro país la comparamos en términos de gestión, empleo de recursos, transparencia, ética... A mi modo de ver la seriedad del trabajo universitario ha sido y es la mejor forma de defender la autonomía universitaria. Estoy orgulloso de nuestras universidades y es por lo que creo que estamos legitimados para aspirar a ser motor de cambios y transformaciones sociales de entidad que nos sitúen de forma tangible dentro de la sociedad del conocimiento.

Por esta razón es, ha sido y será tan importante la encomiable labor de aquellos rectores españoles que con mucho sacrificio han hecho frente a los complejos retos y al colosal crecimiento de la universidad española de aquellos años. Hay que reivindicarlos. No es retórica. En el mundo anglosajón se percibe con más claridad el vínculo entre los avances de las más extraordinarias universidades y el liderazgo que muchas personas (presidentes, rectores...) han ejercido para hacer posible avances sin precedentes.

La Universidad de Antonio Gil Olcina

Cuando llegué por primera vez a la Universidad de Alicante, hacia finales de 1981, el Campus estaba dando sus primeros pasos. Apenas unos pocos edificios completaban a los barracones del ejército, dignamente rehabilitados para las funciones docentes y académicas en general. Todo muy pulcro. Se percibía el esmero y el principio de buena administración por todos lados, pese a las carencias lógicas y el enorme crecimiento en alumnado y profesorado que se experimentaba año a año.

Que la (poco tiempo después) cuarta provincia española no dispusiese a finales de los setenta de universidad propia era ya un indicador en sí mis-

mo de la celeridad con la que había que desarrollar su oferta universitaria. Al reto de poner en marcha una universidad se unió la compleja tarea de dar cumplida respuesta a las infinitas expectativas que generó la creación de la Universidad de Alicante en 1979.

Todos los comienzos de cualquier universidad, insisto, son muy difíciles. A las relevantes carencias lógicas de personal e infraestructura se suma la necesidad de consolidar las estructuras y la organización académica no exenta de conflictos y tensiones en un marco regulatorio constituyente. Desde el primer momento percibí (entonces desde mi joven Facultad de Económicas) que no debía ser nada fácil impulsar en aquellos momentos la Universidad de Alicante..

Cuando conocí por primera vez a “Don Antonio”, el rector, si hubiera tenido que sintetizar una primera impresión lo hubiera hecho en dos sentidos. Primero la confianza y seguridad que me inspiró su buen criterio, especialmente su concepción de lo universitario. En segundo lugar comprendí el valor de una autoridad legitimada por sus principios y convicciones. Cualquier profesor podría centrarse en sus obligaciones académicas sabiendo que la Universidad no podía estar en mejores manos.

Recuerdo aquellos comienzos con mucho afecto. Antonio Gil hizo posible que nos ilusionáramos todos con el proyecto de nuestra universidad que daba sus primeros pasos. Esto no fue producto de ningún azar o casualidad. Su altura de miras le llevó a rodearse de los mejores equipos -en vez de los más fieles- y crear un estilo universitario que todavía hoy, treinta años después, conserva muchos de sus signos. Accesibilidad y autoridad sabiamente combinadas. Su puerta estaba abierta a todos, incluidos los ayudantes y los alumnos con los que departía frecuentemente. Fuera quien fuese a los pocos minutos de entrar en su despacho se percibía que el Rector llevaba en la cabeza toda la universidad y hacia conversos para la causa hasta a los más acérrimos escépticos.

No estábamos entre los muros de las Escuelas Mayores salmantinas u otras santuarios académicos. En aquellos barracones del ejército y con un modesto despacho, que tuve el privilegio de ocupar años después, nuestro rector nos hacía sentir seguridad y hasta nos transmitía un comedido entusiasmo necesario para avivar compromisos, implicación, atraer talento y con medios limitados, llevar a cabo buenas prácticas docentes y de investigación.

Otros autores de este libro habrán glosado con mayor acierto que yo aquellos años, pues conocen detalles y hechos históricos de primerísima mano.

En cualquier caso creo que puedo dar fe que desempeñar con brillantez el oficio de rector es una tarea muy compleja. Tras conocer y tratar casi un

millar de rectores de más de una decena de países durante mi etapa en Universia, llegué a pensar que sin duda estaba entre las tareas más difíciles que una persona puede ejercer. De ahí mi admiración hacia Gil Olcina en cuya trayectoria de rector siempre ha derrochado diría que hasta dotes naturales para ejercer este “oficio”,

A pocos rectores he conocido con una formación humanística tan extensa y excepcional como la de Antonio Gil Olcina. Su magisterio y prestigio como geógrafo no le ha restado fuerza a su conocimiento y recursos emanados de la historia, el derecho o incluso de la economía. Decía Ortega *“lo que hoy llamamos “hombre culto”, hace no más de un siglo se decía “hombre ilustrado” esto es hombre que ve a plena luz los caminos de la vida”*. Era un lujo tenerle de rector de nuestra Universidad, así como lo sigue siendo hoy tenerlo como Rector Honorífico. En cualquier discurso o encuentro, destilaba magisterio, erudición autoridad y elegancia... Todo aquello que una universidad como la nuestra necesitaba en aquellos primeros años.

En Antonio Gil Olcina enseguida se percibe una concepción universitaria tan sólida en todo aquello que es fundamental y definitorio para darle la entidad y reputación a una universidad. Su muy rica experiencia en la gestión universitaria en los difíciles años de la transición democrática española fue un activo muy importante ocupando puestos claves en el equipo rectoral de las universidades de la Laguna (1973-1976) y la de Valencia (1979). De esta experiencia y de sus “dotes naturales” sacó mucho beneficio nuestra joven Universidad.

Su “legado” en los años que fue rector de nuestra universidad es inmenso. Sentó unos principios y un estilo universitario únicos y de un valor extraordinario para la institución. Quizás sin el concurso de la miopía política hubiéramos tenido Rector para muchos años.

Su gesto de dimisión en 1985 está cargado de relevancia, simbolismo y, otra vez, autoridad. El hecho por lo inesperado y contundente nos marcó a todos.

No sé si desde un ámbito político embriagado de otros quehaceres y en el entorno de infancia democrática que vivía nuestro país se supo valorar la relevancia de la decisión de Antonio Gil Olcina. Creo que sí se percibió en buen parte de nuestra Universidad y especialmente en las universidades españolas más consolidadas. El tiempo le ha dado la razón.

Si ha habido un órgano reiteradamente cuestionado en su práctica en las últimas décadas en las universidades españolas, éstos han sido sus Consejos Sociales. Nadie discute su necesidad como presencia de la sociedad en la Universidad. El problema ha sido provocado por la elección política de presidentes o consejeros muy lejanos a las funciones y atributos que una universidad como la española ha requerido durante los últimos treinta

años. Que conste que habido presidentes y miembros de nuestros Consejos Sociales ejemplares¹.

La generosidad y relevancia del gesto de Antonio Gil Olcina era premonitorio de lo que ha venido ocurriendo no solo en Alicante sino en multitud de universidades. Muchos de sus rectores me han hecho copartícipe frecuentemente de los problemas que generaba un órgano que, lejos de dinamizar las relaciones entre la sociedad y la universidad, en el mejor de los casos se convertía en un ente burocrático y solo en unos pocos casos materializaba en la práctica su enorme potencial.

El legado de Antonio Gil Olcina

Accedí al rectorado de la Universidad de Alicante en 1990², cinco años después de la dimisión de Antonio Gil Olcina. El tiempo suficiente para percibir con claridad su obra, todavía muy identificable no solo a través de lo que denomino su “legado” sino también en detalles y percepciones de protagonistas que vivieron en primera persona la etapa de su rectorado. Las menciones a su persona en el equipo del que formaba parte (nombres como Paco Ruiz Beviá, Emilio Feliú, entre otros), eran continuas. También años, más tarde, siendo rector tuve la fortuna de incorporar a mi equipo a María José Bono, Armando Alberola y Antonio Ramos o coincidir con decanos de su Facultad como Francisco Aura, todos ellos muy cercanos no solo al que fue rector, sino a la persona.

Aun a riesgo de dejarme cosas relevantes me referiré a algunos temas que desde mi punto de vista han sido y todavía son importantes para crear una cultura universitaria que merezca tal nombre en nuestra, por aquel entonces, muy joven institución.

De comienzo, entrar en detalle en cuestiones tan relevantes como el desarrollo estatutario de la universidad, el sistema de gobernanza, la conformación de centros y departamentos, la atracción de talento universitario, el impulso de infraestructuras con los primeros edificios y equipamientos en la etapa del rectorado de Gil Olcina casi llevaría un libro. Me centraré en cinco temas que suelen ser menos destacados y que considero muy importantes en el ámbito rectoral de una universidad.

1. La capacidad integradora de ideologías, pensamientos y estilos muy dispares. Solo una persona como Antonio Gil hubiera sido capaz de liderar en aquellos momentos convulsos de la transición y años posteriores una universidad en sus inicios. Y, además, con las personas

¹ Buena cuenta podría dar yo de esto ya que he tenido la fortuna de contar con uno de los mejores.

² Como Vicerrector de Asuntos Económicos siendo rector de la Universidad de Alicante Ramón Martín Mateo.

más relevantes de la vida universitaria alicantina en ese momento. Este antecedente a mí me fue particularmente valioso años después para integrar en un mismo equipo de trabajo perfiles muy dispares y consolidar una amplia base de consenso. Sin duda este es un gran activo de la Universidad de Alicante que deberíamos esforzarnos en mantener. Actitud de diálogo y consenso pero sin concesiones a la falta de operatividad y/o pasividad ante la toma de decisiones importantes.

2. La administración universitaria eficiente. En el libro “Utopías y realidades. Universidad de Alicante 1990-2000”³, mencioné el valor de un funcionariado (profesores, PAS...) dispuesto “a hacer mucho con muy poco”. La elevada productividad de unos recursos iniciales escasos -pese a la efectividad reivindicativa de su rector en muchas vertientes- convirtió a la Universidad de Alicante durante bastantes años en una administración muy eficiente. Un estudio llevado a cabo por la CRUE a mediados de los noventa puso de relieve que la Universidad de Alicante, pese a ser la que registraba la menor financiación por alumno de toda España, contaba con servicios que lideraban en calidad y cantidad el ranking universitario español. Puedo dar fe de que en todo aquello en lo que Antonio Gil Olcina puso su empeño personal, llevaba un sello no solo de buena administración sino de relevancia, sentido de orden, esmero y eficiencia. Desde los pequeños detalles del rectorado hasta la grandes cuestiones académicas.
3. La construcción de la relación institucional en un entorno históricamente no universitario. Como es lógico hablar de la Universidad en Salamanca, Santiago de Compostela, Valladolid o Valencia lleva implícito un reconocimiento institucional que de una forma natural lo ha dado el paso de los años. Con apenas diez años la Universidad de Alicante había forjado unas relaciones institucionales equiparables a las universidades de mayor rango histórico. Hacer comprender a nuestra sociedad la relevancia del hecho universitario era una cuestión muy importante. Años después me dí cuenta de que incluso podía llegar a ser decisiva. No tengo que subrayar el papel de Antonio Gil Olcina en este ámbito incluso, tras dejar el rectorado y . a través de la Cátedra Arzobispo Loaces o de su función como Rector honorífico de la Universidad de Alicante, ha seguido ayudando con extrema prudencia, elegancia y sabiduría las más delicadas cuestiones que un momento u otro han sido importantes para nuestra institución. Todos los rectores hemos confiado y nos hemos aprovechado del buen criterio y su sentido de la lealtad institucional hacia la Universidad de Alicante.

3 Libro “Universidad: utopías y realidades”, Universidad de Alicante 1994-97. <http://descargas.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/12937848668076075209624/017562.pdf?incr=1>

4. La idea de un modelo de Universidad que estuviera a la altura de las expectativas sociales y de un entorno económico y demográfico como el de la provincia de Alicante. Para mí, este enfoque fue fundamental e inspirador en los años de rector. Un modelo ambicioso de universidad, acorde con lo que merecía nuestro entorno. Por supuesto, en materia de titulaciones, centros e infraestructuras docentes e investigadoras. Además con un estilo integrador que unía a instituciones clave de la provincia en ese momento con proyectos vinculantes. El Colegio Mayor, un buen ejemplo, entre otros muchos, de esa inquietud que nos permitió años después y contando con su colaboración, impulsar la mencionada Cátedra Arzobispo Loaces y la recuperación de la Universidad histórica de Orihuela, el centro Arqueológico de La Alcudia, el Museo Universitario o la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, entre otros proyectos.
5. Los valores y la ética. No hacen falta más de cinco minutos con Antonio Gil Olcina para percibir con claridad que con él no hay posibilidad de equívocos. Dado el momento que vivimos no es una cuestión baladí. Su trayectoria personal constituye en sí misma un patrimonio de principios, reputación y ética absolutamente ejemplar. De alguna forma, los mejores cimientos a los que una universidad puede aspirar en su nacimiento.

Más allá de estos cinco puntos, sintetizaré y concluiré diciendo que Antonio Gil Olcina en tan pocos años transformó un mero deseo de la sociedad alicantina en una auténtica universidad. Una voluntad política en una realidad muy tangible y muy perceptible desde todos los ámbitos.

Antonio Gil Olcina, rector de todos

He pensado bastante si era el momento de mencionar un último tema, sin duda relevante para nuestra Universidad y del que confieso me cuesta trabajo hablar.

Fueron muchos los momentos en los que recibí consejo, ayuda y respaldo de Antonio Gil Olcina. Su simple presencia en aquellos actos oficiales de la Universidad en su condición de Rector Honorífico ya era de una inmensa ayuda. Su sentido común y su capacidad para pulir la relación protocolaria institucional nunca terminaremos suficientemente de agradecerse.

No me hubiera atrevido a impulsar un proyecto como el de la Cátedra Arzobispo Loaces sin tener la certeza de su implicación personal. Antonio Gil Olcina, como he dicho, tenía la habilidad de forjar una relación institucional de la mayor relevancia al tiempo que distendida afrontando las cuestiones más delicadas o los temas más complejos. El valor de esto para la Universidad de Alicante era y es crucial por múltiples motivos. Solo el

sectarismo ideológico o el discurso del provincianismo más pueblerino hubieran podido cuestionar un proyecto de estas características. Contarlo en detalle, también creo que podría ser objeto de un libro.

Concluiré diciendo que desde el lado político se le dio tanta entidad a este tema que casi “nos convertimos en una cuestión de estado”. Se comprenderá la razón por la que digo que solo el magisterio de Antonio Gil Olcina pudo hacer posible que la Cátedra Arzobispo Loazes y la recuperación histórica llegara a buen puerto. Una de la experiencias imborrables de aquellos años era ver al director de la Cátedra, el Obispo, el secretario de la Diócesis y el rector del seminario en la sala de juntas del rectorado. Antonio conseguía en cinco minutos un clima único tan fluido y especial que nos hacía sentir que llevábamos ya más de cuatrocientos años con aquellas reuniones.

Pero no es este tema al que quería referirme. La Universidad de Alicante, mi equipo y yo como rector en aquel entonces, tuvimos la oportunidad de comprobar la autoridad y lealtad institucional de Antonio Gil Olcina con motivo de los hechos que se escenificaron en la apertura de curso el 4 de octubre de 1996.

Un hecho ya muy conocido y que no voy a recrear en detalles insustanciales. La Generalitat Valenciana planteaba de una forma arbitraria, no motivada y en contra de todos los órganos la segregación de nuestra Facultad de Medicina, uno de sus centros constituyentes más valiosos y pieza fundamental de nuestra identidad docente e investigadora. Lo hizo en contra de todos los órganos competentes que se pronunciaron de una forma clara (Comisión Académica del Consejo de Universidades, CRUE, universidades valencianas...).

La comunicación de más de 200 altos cargos gubernamentales de su asistencia a la mencionada Apertura de curso entre las 18 horas del día anterior y altas horas de la madrugada -a los que habíamos comunicado que era necesario confirmar la asistencia con una semana de antelación- con un Paraninfo ya repleto, no tenía otra lectura que imponer y escenificar la autoridad política en un recinto universitario. En el fondo y en las formas, este “desembarco” era una agresión en toda regla a nuestra autonomía universitaria. Así lo interpretaron todos los rectores españoles y todas las universidades.

Por supuesto fue la situación más difícil en mi etapa de rector. En el Paraninfo tengo imborrable la imagen de Antonio Gil Olcina, con un paso firme y dejando la mesa (formada también por otros rectores de universidades españolas que fueron testigos del hecho) yendo a mi encuentro. En aquel momento el Presidente de la Generalitat daba ya sus primeros pasos de retirada junto al séquito de más de 200 personas, lo que hizo posible que

los que los habían reservado con antelación pudieran finalmente ocupar sus asientos. El gesto de nuestro rector honorífico lo percibieron profesores, alumnos, personal de administración y servicios y la totalidad de la sociedad alicantina. También el aplauso que él lideró y que de forma inusualmente ostentosa en Antonio, escenificó en los momentos que siguieron al incorporarme yo al estrado.

La decisión de no dejar presidir la Apertura de Curso al Presidente de la Generalitat Valenciana estaba fuera de toda duda. No había otra opción. Por el fondo y las formas. Estas últimas constituyeron un increíble e inaudito acto de “fuerza bruta” sin disimulo, o recato a la hora de guardar las apariencias.

Los días, meses y años que siguieron a esto fueron muy complejos. En muchos estamentos de la Provincia o de la Comunidad era muy importante dar una imagen de unidad en torno a la defensa de la autonomía universitaria y explicar lo que ocurrió en el Paraninfo de nuestra Universidad. Algunos me comentaban que Alicante no era Salamanca y que aquello no se iba a entender en la sociedad alicantina o en la propia Universidad. Todo lo contrario, todo el Campus fue prácticamente unánime en darnos su apoyo a la decisión y lo hizo en reiteradas ocasiones, de forma inequívoca.

Al respecto fue fundamental la iniciativa personal de Antonio Gil Olcina de salir a dar a conocer su postura ante la opinión pública. Sin que nadie se lo pidiera, de forma inequívoca, al día siguiente y en una memorable entrevista que le hicieron Francisco Esquivel y J. R. Gil no dejó lugar a ningún margen de interpretación. Con la autoridad, contundencia y legitimidad que le caracterizan habló como siempre, sin dejar atisbo de duda. Sentando los principios que dan identidad a la Universidad y transmitiendo a la sociedad alicantina mensajes claros, esforzándose en transmitir ideas muy legibles para el ciudadano.

Todo fue infinitamente más fácil al día siguiente. La entrevista fue ampliamente difundida y en el rectorado se recibieron multitud de llamadas y cartas incluso de cargos afines al gobierno valenciano, funcionarios o de responsables institucionales dándonos su apoyo. En muchos casos ese respaldo fue público.

Han pasado ya casi 18 años de estos hechos. El tiempo borra lo irrelevante y la memoria fija con mayor claridad aquello que es importante. En la dificultad de aquellos años tuve la suerte de aprender de Antonio Gil Olcina lecciones impagables. Qué suerte tenerle de maestro ejemplar, rector de todos y amigo. Un sentido afecto que siempre me ha estimulado, pero también me obligado a la autoexigencia y a dar lo mejor de mí mismo.

Somos tan deudores de su generosidad que tendremos que seguir escribiendo muchos libros como este para rememorar su legado y las enseñanzas de una persona, de un universitario, absolutamente ejemplar.